

La casa vieja
(fragmento)

MSS 002
16/20

La casa de mi tía Milagres! Su recuerdo se abre con el gemido de esas y viejas arcaas que guardaban en desorden, mil pequeñas cosas que el tiempo ha apolillado: Las frías madrugadas de los años de colegio, el reloj carr raspiente que mascaba con desesperante rechinar de quijadas las horas de los días de asueto; la boba de seda azul de la campanilla con que mi tía Milagres llamaba a la Juana Rosa; las campañas de Anibal; el gato de la tía Trinidad; la caja de rapé, la sandalia milagrosa de Fray Andresito...

Todo está allí como en aquellos años... El arca de madera de alcan fer no ha hecho perder el aroma a esos recuerdos. Ellos conservan para mí el perfume que tenían entonces, cuando el naranjo del patio se cubría de flores y el diablo auténtico y corpóreo -el "mandingo" de la niñez, con c caches y cola- asemaba las narices por sobre el tejado, para embriagarse burlescamente a la luz de la Luna, en el aroma primaveral de los azahares.

¡Pobre "mandingo"! Vivía, seguramente, en algún rincón del tercer patio, cerca de la pieza de la Juana Rosa, y aprovechaba esas noches de luna para aspirar un ambiente mas apropiado a sus pulmones que ese eterno olor a zahumerie que llegaba de la iglesia vecina.

También la Juana Rosa con su vestido de percal clavaba los ojos negros en el naranjo lleno de flores, y suspiraba. Sin duda se acordaría de la Hacienda de Catemu de donde la habían traído. Después me miraba a mí, enteco y palidueho, repasando las campañas de Anibal, sentado en el borde de la pila de mármol: Tesino, Trasimeno, Trebia, Canas....

- Tanto que estudea.

- Es que tengo composición para mañana.

Ella volvía a suspirar.

Tenía una mirada igual a la de los terneros nuevos, y, como ellos, sacaba a cada instante la punta de la lengua y se humedecía los labios. Yo no vi cuando llegó a la casa; pero estoy seguro de que su "taita"

la traje arredandola desde Catemu.

Aveces, los domingos, cuando todos habían ido a misa, se ponía muy contenta, correteaba las gallinas en el patio de adentro y brincaba como si acabaran de sacarla del chiquero; pero casi siempre, sobre todo en la tarde, estaba triste y suspiraba.

Yo la encontraba muy gorda para ser tan chiquilla, pero me daba lás tima.

Siempre tenía azahares secos en el bolsillo del delantal. No sé en qué momento los sacaría porque mi tía Trinidad no dejaba a nadie tomar flores.

H

En el colegio, toda la semana esperaba que llegara el domingo, y todos los domingos eran exactamente iguales.

Centro de Estudios de Literatura Chilena
Pontificia Universidad Católica de Chile

Parece que también en casa de la tía Milagres todos los días eran iguales parecidos.

Cuando yo llegaba, ya ella estaba envuelta en su chal negro, en el sillón junto a la ventana. Yo tenía una silla chica para sentarme a su lado.

En otra silla estaba la tía Trinidad con un gato en las faldas; pero sin el tejido. En esto se distinguían los domingos de los otros días.

La menor de ellas tenía seventa años, y eran jóvenes comparadas con la tía Lucrecia, siempre en cama, y la tía Mercedes que no salía nunca de su pieza. Y a qué hablar de la cocinera, de la mamá Mesa y de la María Engracia... Uf; Yo creo que, ^{o lo menos} las dos se habían muerto hacé tiempo, y seguían andando nada mas que por no dejar la casa.

Los únicos que pedíamos correr cuando había algún temblor, éramos la Juana Rosa, el gato y yo. Todos los demás, en esos casos, quemaban palma bendita.

Sin duda era mejor atender a la causa que al efecto; pero el instin

to de conservación nos ofuscaba y en medio de las plegarias anti-sísmicas nuestras carreras resultaban casi una irreverencia.

Era curiosa la casa de la tía Milagros. A partir de la puerta de calle, se iba haciendo mas y mas vieja, con todas sus habitantes, a medida que se acercaba al tercer patio.

La tía Milagros era progresista. No temía a los tranvías ni protestaba de ellos, como su hermana Trinidad. Cuando hubo luz eléctrica, llamó a un maestro, hizo torcer los ganchos de las lámparas y abandonó el alumbrado de gas.

Las lámparas de bronce quedaron como arañas pateando en el vacío.

Después cambió las baldosas de piedra por ladrillos de composición...

Pasados los años, cuando murió Juan el viejo cochero, se compró un automóvil. No lo usó casi nunca porque "le daba náuse que molestar al chauffeur", pero satisfizo su entusiasmo por la civilización.

Aberrecía las cosas viejas.

Mi tía Trinidad, como que sus habitaciones estaban mas al fondo, era menos moderna.

Aceptó sin protesta, casi con un secreto gusto, la luz eléctrica; pero siguió conservando un respetuoso cariño por los muebles de caoba; mantuvo la sobrecama hecha de infinitos rombos de seda multicolor y no pensó ni por un instante en retirar de la cabecera el medallón de vidrio enmarcado en ébano, con una tumba, una cruz y unos cipreses hechos con cabellos de quién sabe qué ser querido.

¿ Un amigo...? ¿ Un novio...? Daba risa pensarlo. Parecía una escoba y quizás por eso mismo tenía una marcada propensión a arrinconarse y a recoger cuanto alfiler o menudencia encontraba en el suelo. Sin embargo quería tan-

to a los gates, a las plantas, a los "pescaditos colorados" de la pila, en fin, a todas las cosas chicas, que bien pudiera haber tenido un novio; un novio liliputiense; claro está; porque no puedo ~~max~~ imaginarme a la tía Trinidad enamorada de un ser que se levantara mas de veinte centímetros del suelo.

Yo, siempre que entraba a su pieza, observaba minuciosamente el relicario con ^{su} romántica decoración de cementerio. ¿Sería hecho de pelo de gato? Algun día tendría que averiguarlo. En todo caso era una obra maravillosa de paciencia.

A la Juana Rosa le llamaba también la atención el guarda-pelo y una vez tuvo la audacia de descolgarlo para preguntarme que decía "esa leyenda" que tenía arriba.

+ - Dice "recuerdo".

- ¿Recuerdo? ¡Bah! Miren también como Misedá Triniá...;

Y se ~~h~~echó a reír a carcajadas.

Tenía las manos apoyadas en las caderas y su busto se remecía como un manzano agitado por el viento.

Parecía que su risa volaba de un lado a otro, persiguiéndola... A ratos creía que iba a pisotearla.

Hubiérase dicho que la pieza de la tía Trinidad se había abierto al sol como una jaula. ¿Qué alegre estaba todo en derredor..;

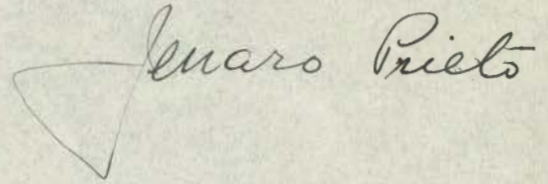
Pero fue solo un momento. La Juana Rosa, como si hubiera cometido un delito, se llevó el delantal a la boca, y abrió los ojos azorados.

- ¡Jesús! No me vaya a oír Misedá Lucrecia..;

Pared por medio, en efecto, con las ventanas cerradas, en una atmósfera azuleja y pesada de papel de Armenia, se extingüía lentamente la tía Lucrecia.

Sus manos de largos dedos, se desfloreaban como dos borlas de seda sobre la sábana, y de su cara hundida entre los almohadones, solo se dis-

tinguían dos puntos negros - los ojos - fijos en el Niño Dios de cera, lleno de conchas y de florecillas bajo un fanal de vidrio, que estaba sobre su cómoda.

Emaro Prieto

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Pontificia Universidad Católica de Chile

Cada vez que mi tía Trinidad me sacaba a hacer visitas yo le pedía que, a la vuelta, me llevara a ver el diablo de Santo Domingo. Era una especie de compensación.

Le temblaba, y por nada del mundo hubiera querido verlo a media noche, subido en el naranjo o corriendo por el entretecho; pero este temor reverencial, no excluía la admiración. Me sucedía con él algo muy semejante a lo que me pasaba con el león de la Quinta. En la jaula me gustaba mucho....

El diablo no estaba en jaula; pero venía a ser lo mismo. En el segundo altar de la derecha, cargado de cadenas, a los pies del arcángel San Miguel, cuya lanza le pinchaba despiadadamente el lomo, no podía ni moverse. Solo los ojos verdes le brillaban, moviéndose inquietamente al agitarse la llama de los cirios.

En esa posición bien molesta, recibía la visita de ^{sus} ~~las~~ contertulios, en general gente del pueblo, o chiquillos como yo. Iban también algunas viejas; secas y torcidas con el manto hasta los ojos y la alfombra de grandes florones en punto de marca, -parecían espinos con quintra- le miraban un instante, agitaban las mandíbulas como si estuvieran mascando algo, y, después de sentiguarse se perdían en las sombras del templo.

No era difícil adivinar lo que mascaban: Palabras duras y amargas como "maqui" verde, que escupían el pasar frente al ^{fresco:} ~~plano:~~

-+ Ave María Purísima! ¡Qué animal tan feo!

Ⓟ bien:

- La Virgen nos ampare! ¡Mire los colmillos!

Se lo decían en su propia cara. Las viejas le eran francamente hostiles. Se me figura que debía descensar cuando se retiraban.

En realidad el diablo era bastante feo; pero ^{ellas} ~~las viejas~~ también

lo eran y me daba no se qué ver que estando así, aplastado y sin poder moverse, fueran a decírselo.

A veces, sentado en la pila de mármol que era el sitio de mis meditaciones, me ponía a pensar en su situación y me daba mucha pena. Pero a él, a pesar de su cara de perro rabioso, no le faltaban ánimos para acicalarse. No tenía, eso sí, el menor concepto acerca de la elegancia masculina.

Se adornaba con las joyas más absurdas: collares y pendientes de mujer. Algunas veces aparecía empolvado.

Era de ver! Con los aros, las orejas de chivo le resultaban más ridículas y, en su cuero negro, los polvos de arroz, le daban cierto aspecto de tizón apagado.

Siempre le decía a la Juana Rosa que fuera a verlo; pero ella no quería....

-¿Y está lo mismo que vivo? ¡Jesús! ¡Ha de dar mucho miedo!

Ella tuvo la culpa de que, andando el tiempo, peleara con el diablo de Santo Domingo.

—

Fue bien triste aquel invierno. La lluvia rebalsaba del alero y descascaraba la pared junto a la pieza de la tía Mercedes. El agua hacía cantaritos en el patio, y en la noche, como la casa estaba cerca del río, no se podía dormir con el ruido de las piedras que arrastraba la corriente.

A mi tía Milagros le dió por creerse pobre y no encendía luz. Todas sus economías las gastaba en hacer unas largas almohadillas — especie de salchichas de lana y serrín — que aplicaba en los resquicios de las ventanas "para evitar corrientes de aire".

A pesar de todo, el gato de la tía Trinidad se enfermó de pulmonía. Metido dentro de un canasto forrado en cuero de oveja, tosía de la mañana a la noche con un ruido de juguete roto, y la tía no podía ni siquiera salir a arreglar altares, de miedo de que el pobre animalito se arrancara de la cesta.

En el segundo piso, la mamá Mesa y la María Engracia, como Noé dentro del arca, no asomaban sus narices, pegadas al bracerero.

Yo, a veces, iba a verlas en la tarde para que me contaran cuentos. No economizaban en luz, como la tía Milagros; pero como le tenían miedo al gas, prendían velas de sebo. No se en donde las conseguirían. Tal vez usaban esas velas para poder usar la despabiladora -algo muy semejante a unas tijeras con un esjoncito de metal donde caía el extremo de la mecha, que yo recortaba al rape, a cada instante. La vela chisporroteaba, y las dos viejas interrumpían el cuento para mirarme con ojos mortecinos. Unos ojos azules con una vuelta cenicienta alrededor.

Todos los cuentos de la mamá Mesa eran del tiempo de su "saber real majestad" y comenzaban con el mismo estribillo de "saber para contar" y "contar para saber".

Cuando iba la Buena Rosa, ponía el piso de paje junto al mío y lo acercaba más y más a medida que en el cuento de la Mamá Mesa aparecían "ánimas arrastrando cadenas".

Decía que le daba mucho miedo y que se helaba; pero no era cierto.

~~Bajo el pañuelo de rebozo, sus menes estaban siempre más tibias que las mías.~~

describió el
hizo con de los
siempre Españoles
en cuadros y clips

CELICH UC
Centro de Estudios de Literatura Chilena
Pontificia Universidad Católica de Chile

sacra

—/

Después de la misa de nueve, cuando había sol, llegaba doña Eudocia. Iba casi todos los días a ver a la tía Milagros. Era gorda y tenía algunos pelos negros en la barba. Muchas veces en el comedor, yo recogía las migas, las amasaba, y hacía con ellas su retrato; le ponía dos cabezas de fósforo en los ojos y quedaba muy parecida. Cuando me aburría de ver su cara de bola, blanduja y amarillenta, empezaba a desmenuzarla y se la daba a "los pescados". Uno se comió una vez, un ojo de doña Eudocia y se murió. La tía Trinidad, al irse a misa, halló al pobre animalucho, flotando de costilla, tieso e inchado como una chalupa naufraga; y a su turno casi se murió de pena.

Me eché la culpa a mí y llevé el cuento a la tía Milagros; pero yo dije que había sido el gato y ella me lo creyó.

Nunca he visto a mi tía Trinidad mas enojada.

- Qué temeridad - decía; Calumniar así al pobre animalito. Como él no puede defenderse..... Qué niño, Señor,

La tía Milagros se irguió con displiencencia.

- Siempre lo mismo Trinidad: Prefieres echarle la culpa al niño y no al gato.

Ella no contestó. Sacó el gatito del canasto, lo estrechó amorosamente contra su pescuezo de tortuga, y cogiendo con la otra mano la cesta con cuero de oveja, salió de la sala, mordiendo los labios. Iba tiesa y echada atrás. Era ver un pejerrey frito. Pero al salir al salir al patio pareció desmoronarse y suspiró.

Yo me sentía muy avergonzado.

Mi tía Milagros pareció no reparar en nada de este y siguió conversando con la señora Eudocia.

Hablaban de compras.

Doña Eudocia, era muy rica y le compraba todo "dónde Puck" o

"en los chinos".

Cuando se trataba de generos blancos su unidad de compra era "la pieza" e indefectiblemente la adquisicion se habia realizado en la casa Britanica. Para los mantos, el te y los pañuelos de seda la unidad era "la caja". Unas cajas preciosas con olor a sandalo, de laca sobredorada. Otras eran simplemente de carton; pero en cambio tenian unos chinitos con traje de seda y cabeza de marfil que yo despegaba para ponerlos de señal en la Aritmetica e la Historia. En el colegio todos me los envidiaban.

La señora Eudisia me queria mucho; me obligaba a decirle tia y cuando me llevaban a verla, ademas de las cajas chinas, me daba siempre plata nueva.

Esto desesperaba a mi tia Milagros. Parese que lo concideraba ofensivo, y apesar de las insistencias de su vieja amiga, hacia que mis visitas fueran lo mas espaciadas posibles: "ne fuera a pensar que iba per interes".

Yo queria mucho a doña Eudisia pero me aburría oírle hablar tanto de los chinos.

Era una mania; hasta las empleadas las llamaba "las chinas".

Junto con llegar se sentaba, asiendo en el sofá, se echaba atras el manto, ponía a un lado la alfombra, el devocionario de concha de perla y el rosario; extraía del fonde de un bolsillo perdido entre los pliegues de su pollera negra, un cofrecito de carey, se atesigaba de rape las narices, y despues de cinco esternudos - ni uno mas ni uno menos - le preguntaba a la tia Milagros con habia seguido del reumatismo.

Antes de que ella alcansara a contestarle, ya doña Eudisia se habia pasado al tema de las compras. Era una notabilidad para llegar allí partiendo del reumatismo.

A veces decía:

- Y a proposito, hija, hay donde Puck una franela, que para tu enfermedad....

O bien:

- Un japonésito muy simpático que está "dende los chinos" me dijo que ellos no temen el reumatismo porque se dan unos baños calientes....

Recuerdo que ese día en que murió el pescadon el tema de de-
Ha Eudocia fue el te verde:

- No compres nunca de otro, Milagros...Es mas caro; pero es limpio. Imaginate que uno de esos chinos asquerosos me confesó que el te negro no es así al principio. Segun parece, ellos lo toman verde y una vez que le sacan la infusión, le envasan y nos lo mandan. Has visto algo mas repugnante?

Mi tía Milagros convino que aunque ella né era orgullosa, y el fundo de Rancagua no le daba casi nada, una señora no podía tomar el te "langueteado por los chinos",

- Que mugres no tendrán esos herejes.

Pero así, mas que la historia del te negro me molestaba, en esos momentos, el enojo de la tía Trinidad, por mi mentira.

Sali al patio y la absorbí de lejos.

La puerta de su cuarto estaba entreabierta y, ella, en una silla baja, seguía con el gato en los brazos:Le hablaba, besándole mucho, como si tratara de consolarle.

Pobre tía. Estaba mas chica y esmirriada que nunca. Qué confianzas le estaría haciendo al gato?